

Preámbulo

Chiquita existió y en este libro se cuenta su vida. Una vida tan fuera de lo común y asombrosa como ella misma. Nació cuando comenzaba una guerra y murió al finalizar otra. Y durante ese tiempo, protagonizó su propia guerra contra un mundo que parecía empeñado en clasificarla como un «error de la naturaleza».

Supe de ella por primera vez en La Habana, en 1990. Un señor de más de ochenta años, que había sido corrector de pruebas de la revista *Bohemia*, estaba vendiendo su biblioteca y fui a su casa con la ilusión de hallar algún libro interesante. Por más que busqué en los estantes de Cándido Olazábal —ese era el nombre del anciano—, no encontré nada que me llamara la atención. Cándido era muy conversador y me contó que en un par de días iba a mudarse para el asilo Santovenia.

—¿Tú eres escritor? —dijo de pronto, y cuando le contesté que sí, me arrastró hasta el dormitorio y abrió un escaparate—. Aquí hay algo que te puede interesar.

Sacó dos cajas de cartón y las puso sobre la cama.

—Eran tres, pero la más grande la perdí en 1952, cuando el ciclón Fox pasó por Matanzas y me inundó la casa* —explicó.

Las cajas estaban llenas de papeles amarillentos y noté que las polillas habían empezado a comerse algunos.

* El huracán Fox, uno de los peores que han azotado la isla de Cuba, pasó el 24 de octubre de 1952 por las provincias de Las Villas y Matanzas. Sus fuertes vientos, que alcanzaron los 280 kilómetros por hora, y sus torrenciales lluvias causaron gran destrucción en viviendas y cosechas. (*Todas las notas al pie de página son de Antonio Orlando Rodríguez.*)

—Esta es la biografía de una artista cubana llamada Chiquita —continuó el viejo—. Pensé llevarme las cajas para el asilo, pero, pensándolo bien, lo mejor que hago es deshacerme de ellas.

Buscó entre las hojas hasta encontrar un retrato de Chiquita. Me lo mostró y, al ver mi cara de asombro, soltó una risa pícara.

—Sí, era liliputiense. Le decían «la muñeca viviente» y «el más pequeño átomo de humanidad». También «la bomba cubana», pero ese sobrenombre ella lo odiaba. La conocí hace un carajal de años, cuando ya estaba retirada. Siempre tuve la idea de escribir un libro sobre ella. Me parece una injusticia que, a pesar de haber sido tan famosa, nadie en Cuba la conozca. Pero lo fui posponiendo y se me hizo tarde. A lo mejor terminas escribiéndolo tú.

Al llegar a mi casa, guardé las cajas en un clóset, con la idea de revisarlas cuando tuviera tiempo, pero me encargaron unos trabajos urgentes y durante una semana no pude ocuparme de ellas. Una noche, por fin, me decidí a abrirlas. Toda la madrugada la pasé leyendo los papeles y ajusticiando larvas de polillas. Cada capítulo de la biografía de Chiquita estaba cosido en un cuadernillo independiente y noté que faltaban unos cuantos, sobre todo de la mitad en adelante.

En cuanto amaneció fui a Santovenia. Por suerte, a Cándido Olazábal no se le había ocurrido morir.

—Necesito saber qué se contaba en los capítulos perdidos —fue mi saludo—. Tiene que ayudarme a llenar esos huecos.

Cándido accedió y durante unos meses trabajamos juntos los martes y los jueves. Yo leía en alta voz los papeles, para refrescarle los recuerdos, y luego él trataba de sintetizar, delante de mi grabadora, lo que decían las páginas que se había llevado el huracán Fox. Quizás el verbo *sintetizar* no sea el más apropiado, porque Cándido hablaba hasta por los codos y a veces era difícil encauzarlo.

Gracias a su memoria de elefante, pudimos reconstruir los capítulos faltantes. Tenía claro que cuando Cándido no se acordaba de algo, salía del aprieto echando mano a su inventiva; pero, puesto que no disponía de otras fuentes para conseguir esa información, el resultado me pareció aceptable.

Al poco tiempo de terminar nuestra labor, me enviaron a un congreso de escritores en Moscú. A mi regreso, fui a Santovenia a llevarle a Cándido un radiocito portátil que le había comprado. Esa mañana no lo encontré tomando el sol en el portal, como era su costumbre, sino metido en la cama. Estaba pálido, flaco y respiraba con dificultad, pero tenía las mismas ganas de parlotear de siempre. «Me quedan tres afeitadas», dijo burlescamente cuando nos despedimos.

Antes de irme le pregunté a la médica del asilo si mi amigo tenía alguna enfermedad grave. «Los años», respondió, «y para eso no existe cura». Cuando regresé, un par de semanas después, ella misma me anunció que había muerto.

Mi idea era escribir lo antes posible una novela sobre Chiquita. Pero, como dice el refrán, el hombre propone y Dios dispone. En abril de 1991 logré irme a vivir fuera de Cuba y la vida me empujó por otros caminos. Primero llegué a Costa Rica, de allí salté a Colombia y no fue hasta diez años más tarde, cuando *caí* en Miami, que decidí retomar aquel proyecto.

Ocurrió así: mi amiga Nancy García me envió por e-mail la foto de una liliputiense y reconocí a Chiquita. Enseguida llamé por teléfono a La Habana y le pregunté a mi madre si las cajas de Olazábal y los casetes que había grabado en Santovenia seguían existiendo. «Están donde los dejaste», me respondió. Entonces aproveché que ella iba a viajar a Miami para visitarme y le pedí que me lo trajera todo.

Cuando releí los viejos papeles y escuché de nuevo la voz de Cándido, me convencí de que había llegado la hora de escribir, por fin, la vida de Chiquita. Lo primero que hice fue buscar huellas de su paso por Estados Unidos: en distintos periódicos hallé notas sobre ella y anuncios de sus presenta-

ciones. También visité varias de las ciudades donde vivió y trabajó. Y, gracias a las subastas en Internet, logré añadir otras fotos y documentos a mi colección. Lo que nunca pude conseguir fue una película que Chiquita rodó en 1903. Si alguien sabe dónde pudiera verla, le agradeceré que me haga llegar la información.

Ahora bien, cuando pensé que ya estaba listo para sentarme a hacer la novela, no pude ir más allá de las primeras líneas. No entendía qué me pasaba, llegué a pensar que tenía un bloqueo creativo y hasta me deprimí. Pero un día, mirando las hojas apolilladas que seguían en las mismas cajas de Olazábal, entendí que era una petulancia de mi parte empeñarme en escribir otra vez una historia que ya había sido contada por su protagonista. ¿Qué me hacía suponer que yo pudiera narrarla mejor?

Entonces decidí renunciar al papel de autor y desempeñar un rol más discreto, secundario. Transcribiría con la mayor fidelidad posible los recuerdos de Cándido, redactaría algunas notas al pie de página con el fin de precisar inexactitudes o arrojar luz sobre determinados aspectos, y lo encabezaría todo con un preámbulo que explicase a los lectores el origen del libro.

Sí, Chiquita existió realmente y en estas páginas se relata su vida. No puedo asegurar que cuanto leerán a continuación sea la pura verdad. Algunos personajes y sucesos son tan singulares o extravagantes que rozan lo absurdo. Otros caen en el terreno de lo sobrenatural. Hasta donde me fue posible, traté de verificar cada dato y de separar la paja del grano. Debo añadir que, para mi sorpresa, algunas de las cosas que me parecían inverosímiles resultaron ser ciertas.

Donde Cándido Olazábal relata cómo conoció a Chiquita

Para empezar, déjame aclararte tres cosas.

La primera: que Chiquita era bastante fantasiosa. Si creías todo lo que te contaba, estabas frito. A ella le gustaba mezclar las verdades con las mentiras y sazorarlas con exageraciones.

Lo segundo que quería decirte es que, como buena Sagitario con ascendente en Capricornio, era muy obstinada. Incluso sabiendo que no tenía la razón en algo, le costaba dar su brazo a torcer. ¿Decir ella «me equivoqué»? Olvida eso. Además, era muy dominante. Si alguna vez fue una mansa paloma, cosa que dudo, la Chiquita que yo conocí tenía mucho carácter, era arrogante y estaba acostumbrada a mandar. Cuando alguien le llevaba la contraria, se volvía un basilisco. A lo mejor por dentro esa forma suya de ser la hacía sufrir, pero delante de mí nunca lo demostró.

Y lo tercero es que era putísima. Aunque en las fotos quedara con una carita que parecía incapaz de matar una mosca, era muy coqueta y siempre estaba tratando de seducir, de envolver a la gente con sus encantos. Ese era un juego que disfrutaba mucho. Quizás te cueste creerlo, pero ella tenía un qué sé yo que volvía locos a los hombres. Y a algunas mujeres también. Oyéndola hablar de sus amoríos llegué a la conclusión de que en este mundo hay más gente morbosa de la que uno se imagina.

En 1930 yo tenía veintitrés añitos y era capaz de escribir a máquina cincuenta palabras por minuto. Era delgado y bastante bien parecido, y aunque te extrañe tenía tremenda mata de pelo. Dos años atrás había llegado a Tampa para trabajar con un tío que vivía allí desde antes de que yo

naciera. Mi madre le escribió contándole que en Matanzas estábamos comiéndonos un cable y le habló de mí; le dijo que era un muchacho con aspiraciones, que me había graduado de dactilógrafo y tenía facilidad para hacer rimas. La carta debió ser muy conmovedora, pues mi tío me pagó el pasaje para que fuera a darle una mano en su negocio, que resultó ser una fonda cerca de las tabaquerías de Ybor City.

Freía pescados mañana, tarde y noche, pero cada vez que mi tío me daba la espalda, dejaba lo que estuviera haciendo y me ponía a escribir mis versos o a leer. En esa época tenía un cuaderno lleno de poesías hechas por mí. Espantosas, creo recordar, aunque quizás algún soneto no fuera tan malo. Conmigo trabajaba un negro de Bahamas que era una fiera descamando. Como nos pasábamos todo el día metidos en la cocina, yo le enseñaba a hablar español y él me enseñaba inglés. Cada vez que lo oía tratando de conversar con los clientes, que eran todos cubanos, pensaba: «Si mi inglés es como su español, qué jodido estoy».

Un día que se me achicharraron unos pargos por estar buscando una rima, mi tío me echó una bronca y me puso de patitas en la calle. Aquello me pareció una bendición. No había dejado a mi madre sola en Matanzas para pasarme el resto de mi vida en una fonducha. Yo quería ser alguien. Necesitaba prosperar. Además, ni enamorada tenía por culpa de la peste a pescado.

Hice el intento de trabajar como torcedor, pero los cigarros me salían jorobados y al segundo día me botaron. A mí me hubiera gustado ser lector de alguna tabaquería y que me pagaran por leer en voz alta *Crimen y castigo* o *Los miserables*, pero ni soñarlo, ese era un puesto muy codiciado. Entonces alguien me habló de un periódico en español que publicaban unos matanceros en Brooklyn y hacia allá me dirigí, como un perfecto cretino, con la ilusión de que, gracias a mi habilidad para escribir a máquina, me darían un empleo.

Cuando llegué, me enteré de que el periódico lo habían cerrado hacía un año y de que conseguir trabajo de

cualquier cosa en Nueva York era más difícil que sacarse el premio gordo de la lotería. Durante el tiempo que me había pasado friendo pescados, la economía de Estados Unidos se había ido a pique, y yo ajeno a todo.

En una pensión alquilé un cuarto compartido con dos italianos. ¡Cómo roncaban aquellos desgraciados! Por el día, deambulábamos de aquí para allá con los desempleados que pululaban por todos lados y comíamos la sopa que repartían gratis en la calle. La Gran Depresión le pusieron luego a esa época, pero cuando nosotros empezamos a vivirla ni nombre tenía. Cuando mis ahorritos se acabaron, tuve que irme a dormir al banco de un parque. Los italianos no tardaron en hacerme compañía.

Para protegernos del frío de la madrugada, estrujábamos papeles y nos los metíamos entre la ropa y la piel. Una noche los italianos trataron de robarme el cuaderno de las poesías para arrancarle las hojas y calentarse con ellas. Tuve que entrarles a golpes y ese fue el fin de nuestra amistad. El otoño se estaba terminando y en cualquier momento empezaría el invierno. ¿Dónde diablos dormiría entonces? Hasta ese momento, me las había arreglado para sobrevivir sin robar, pero si mi suerte no cambiaba, quizás tuviera que hacerlo. Entonces, como si Dios quisiera demostrarme que Él aprieta, pero no ahoga, sucedió algo inesperado. Estaba registrando un latón de basura en busca de periódicos viejos y, por qué no confesarlo, de algo a lo que se le pudiera hincar el diente, cuando vi un clasificado con el siguiente encabezamiento:

Typist Needed - Spanish and English
Se necesita dactilógrafo - Español e inglés

«Ese soy yo», dije, tratando de darme ánimos, y así fue como Chiquita, quien por entonces tendría sesenta años y vivía en Far Rockaway, entró en mi vida.

Pasé las de Caín para llegar a ese pueblito, que es un lugar de veraneo que queda en una península de Long Island, y después de dar más vueltas que un trompo encontré por fin la Empire Avenue, donde estaba la dirección que buscaba. Era una casa de dos pisos rodeada por una cerca: un bungalow de ladrillo y de madera, con un portal enorme, muchas ventanas de cristal y una chimenea.

Una negra muy prieta, caderona y seria me abrió la puerta y, cuando empecé a explicarle, en inglés, que estaba allí por el anuncio, me interrumpió diciendo: «A mí puede hablarme en cubano» y me miró de arriba abajo con disgusto. Aunque me había lavado la cara y me había peinado con esmero, mi ropa estaba sucia y me temo que apestaba.

—Déjeme ver si la señora puede atenderlo —dijo y me cerró la puerta en las narices. Al rato volvió a aparecer y, sin pronunciar una palabra, me hizo pasar.

Perdóname la expresión, pero al ver a la dueña de la casa casi me caigo de culo. Nunca se me había ocurrido que pudiera existir una mujer de ese tamaño. No sé si fue culpa de los nervios o que tenía el estómago pegado al espinazo, lo cierto es que me dio una fatiga, trastabillé y tuve que sentarme en un sofá.

—Tráele un vaso de agua, Rústica —dijo Chiquita, pero lo que su sirvienta me puso delante fue un café con leche y un pedazo de pan con mantequilla, porque se había dado cuenta de que estaba muerto de hambre.

Chiquita me preguntó si tenía referencias y tuve que decirle que no, pero aproveché para hablarle de mi afición por la literatura y de mis dotes de versificador.

Como no se me escapó que al mencionar que era de Matanzas las dos mujeres habían cruzado una mirada, les pregunté si conocían esa ciudad. «Algo», contestó Chiquita, sin entrar en detalles, y enseguida me explicó que tenía la intención de escribir un libro. Como a menudo amanecía con las manos hinchadas por la artritis, poder dictarle a un dactilógrafo le iba a facilitar mucho el trabajo. La persona que se

quedara con el puesto debería vivir bajo su mismo techo; de hecho, el hospedaje, la alimentación y el lavado y el planchado de su ropa serían parte del pago por sus servicios.

—Si está interesado, puedo hacerle una prueba ahora mismo —dijo.

Me sentaron delante de una Underwood último modelo y, sin darme tiempo para familiarizarme con ella, Chiquita comenzó a caminar a mi alrededor y a hilvanar una frase con otra con su vocecita, que por entonces era un poco áspera, como el graznido de un cuervo. No tengo la menor idea de lo que me dictó, sólo recuerdo que, a pesar del tiempo que llevaba sin poner los dedos sobre una máquina de escribir, empecé a aporrear el teclado a gran velocidad, como si me estuviera jugando la vida. Y es que me la estaba jugando, ¿no? Cuando saqué el papel del rodillo, Chiquita lo estudió cuidadosamente.

—Su ortografía es buena y no le falta velocidad —reconoció—. Pero ¿qué tal es su inglés? —inquirió, pasando a hablarme en esa lengua.

Me esmeré por no hacer quedar mal a mi maestro de idiomas, el cocinero de Bahamas, pero tenía tanto miedo de perder el empleo que el resultado debió ser patético. Al concluir, bajé la vista y esperé su veredicto. Pero o el inglés no era un requisito fundamental o los aspirantes que habían acudido antes no habían dado la talla o a Chiquita la ablandó el hecho de que fuera de Matanzas. El caso es que, después de tenerme en ascuas durante un minuto, exclamó que, si estaba de acuerdo con las condiciones, podíamos empezar a trabajar al día siguiente temprano. ¿Y cómo no iba a estar de acuerdo, con el montón de días que llevaba durmiendo en un parque?

Al preguntarle qué clase de libro pensaba escribir, Chiquita me dedicó una sonrisa enigmática y dijo: «El de mi vida, y sólo se publicará después de mi muerte». Y para poner punto final a la entrevista, le ordenó a Rústica que me enseñara mi cuarto, que resultó ser una buhardilla de lo más agradable.

A mí aquello me parecía un sueño. En medio de la crisis que tenía paralizado al país, había conseguido techo, comida y una paga semanal que, aunque no fuera gran cosa, me permitiría seguir ayudando a mi pobre madre.

Volví a Brooklyn, fui a la pensión a recoger una maletica con mis pertenencias (libros, principalmente) que el dueño me había hecho el favor de guardarme, y al anochecer ya estaba otra vez en Far Rockaway, a tiempo para la cena. Recuerdo que fue una sopa de menudos de pollo y que me la tomé en la mesa de la cocina, acompañado por Rústica. Aunque la acribillé a preguntas para que me dijera quién era Chiquita, qué tenía de especial su vida para que quisiera hacer un libro sobre ella, cuáles eran sus manías y cosas de ese tipo, no fue mucho lo que pude sacarle. Esa mujer era una tapia. Tu vieron que pasar muchas semanas para que entrara en confianza, se le soltara la lengua y me contara algunos chismes.

La habitación que Chiquita eligió para que trabajáramos fue la que usaba para leer, escribir sus cartas y oír música. Era como una casita de muñecas, con los muebles hechos a su medida. Los únicos de tamaño normal eran la mesa donde estaba la Underwood y mi silla; el radio Philco, modelo Tudor, de consola de roble (su dueña, por supuesto, no alcanzaba los botones), y la mecedora donde, una que otra tarde, discreta como una sombra, Rústica se sentaba a coser y a escucharnos.

Para empezar nuestra primera jornada, Chiquita me aclaró que quería contar su vida sin utilizar nunca la primera persona del singular: su intención era que el libro pareciese hecho por un biógrafo y no por ella. Aquello me extrañó y le pregunté por qué deseaba ocultar su voz.

—Por lo general, quienes escriben sobre sí mismos son unos presuntuosos que no hacen sino echarse flores —dijo—. Además, hay cosas de mi existencia que no me gustaría revelar encabezándolas con un *yo*.

Para mi tranquilidad, cuando empezó a dictarme lo hizo de forma pausada, como si saboreara las palabras. A veces

se detenía en medio de una frase y se tomaba su tiempo para decidir cómo la iba a terminar. Otras, interrumpía la narración para contarme alguna anécdota o hacer un comentario burlón. Era ingeniosa y tenía una lengua aguda como un estilete.

A media mañana hicimos un alto y Rústica nos sirvió un chocolate. Hasta ese momento habíamos trabajado de maravillas, pero la armonía se rompió cuando Chiquita me hizo leer en alta voz lo que tenía copiado. Al darse cuenta de que había alterado varias frases y eliminado otras, se puso furiosa.

Traté de justificarme explicando que lo había hecho para embellecer el estilo.

—¡Su trabajo es copiar las cosas tal y como se las digo! —replicó, colorada, con los puñitos apretados y en un tono bastante descompuesto.

—¿Aunque repita tres veces la misma palabra o la oración sea un galimatías? —alegué—. Una cosa es hablar y otra muy distinta escribir, señora Chiquita. Si quiere poner en su libro todos los errores que en una conversación se perdonan, pero que dan grima cuando se leen en un papel, allá usted. A fin de cuentas —concluí, con cierta altanería— yo sólo soy un empleado y estoy aquí para hacer lo que me pida.

Mi discurso la dejó perpleja. El día anterior casi le había suplicado que me diera el puesto y, después de tener la barriga llena y de dormir en sábanas limpias, me portaba como un gallito de pelea. Pensé que ese sería mi primer y último día de trabajo en Far Rockaway. Pero no, no me despidió. Luego supe que la mejor manera de entenderse con Chiquita era diciéndole lo que uno pensaba de forma clara y firme. Si agachabas la cabeza, terminaba pisoteándote. Ella era terca, pero no bruta, y se dio cuenta de que su prosa había ganado mucho con mis arreglos.

Nos quedamos en silencio un rato y cuando se le pasó el berrinche me advirtió:

—En lo adelante, no me cambie ni una coma.

Le juré que sería muy respetuoso y que lo escribiría todo tal cual ella lo dijera. Entonces sonrió, conciliadora,

y me dijo que tampoco quería que me limitara a copiar mecánicamente, como si fuera un autómeta. ¡Al contrario! Se había dado cuenta de que yo no era un dactilógrafo del montón, sino un joven sensible, con lecturas y amante de la poesía. Si me parecía que algo podía *perfeccionarse*, debía comentárselo y ella lo tomaría en consideración.

Así lo hice, al principio. Pero después, a medida que pasaron los días, empecé a hacer cambios otra vez. Primero un adjetivo por aquí y luego un verbo por allá. Como Chiquita fingía no darse cuenta de mis alteraciones, me fui envalentonando y empecé a redactar algunas oraciones a mi manera, a poner al revés los párrafos y a resumir las descripciones que encontraba demasiado largas. Claro que no siempre podía hacerlo. Los días que Chiquita tenía el moño virado, se ponía hecha una fiera cuando le cambiaba algo y me obligaba a volver a copiarlo a su manera.

Y fíjate, con esto no quiero decir que le faltara vocabulario ni que no tuviera gracia para contar. Su problema era que no quería dejar nada fuera: todo le parecía importante. Yo tenía que pasarme el tiempo podando esto y lo otro, atajándola para que los capítulos no fueran interminables. Y así y todo, a pesar del montón de páginas que se perdieron con el ciclón, mira lo largo que nos salió el libro.